

PROBABLEMENTE las elecciones italianas han cambiado más el panorama político de ese país de lo que se está diciendo. El equilibrio de poderes de los partidos dentro de la Cámara es sensiblemente el mismo, pero algunos datos son muy significativos. Lo es que el Partido Comunista pierda 27 escaños (y siete en el Senado), que el Partido Radical salte de cuatro diputados a 18 y adquiera dos senadores (no tenía ninguno), que los neofascistas del MSI pierdan cinco. Y que la Democracia Cristiana se quede donde estaba, mientras los otros partidos centristas adelantan algo, como los socialistas.

De todo ello surgen algunas deducciones. Una es la estabilidad, la continuidad de la Democracia Cristiana. No se confirmaron ninguna de las dos predicciones opuestas: una, en el momento de la disolución del Parlamento, era negativa: las formas de corrupción descubiertas —que alcanzaron al Presidente de la República, Leone, forzado a dimitir—, el escándalo Moro y la noción de "desgobierno", con la imposibilidad de resolver los problemas diarios, iba a acabar finalmente con la hegemonía del poder de ese partido. Otra, en los días previos a las elecciones, positiva: la reacción frente al terrorismo, la falta de opciones de la izquierda, el "renacimiento moral" a partir de la elevación al solio de Wojtyla y la alineación con el nuevo conservadurismo europeo iban a dar, por fin, una mayoría parlamentaria a la DC. Ninguno de estos dos extremos ha funcionado. La DC repite, con ligeras variantes —decimales— sus porcentajes de elecciones anteriores: sigue siendo el partido de Italia. El dramático partido de Italia, maniobrero, pactista, negociante. Pero al que se despeja una incógnita: la de la necesidad antes imperiosa de contar con los comunistas.

Se estaba diciendo que en Italia era imposible gobernar con los comunistas —por la fuerza de la inclusión absolu-



El Partido Radical ha sido el cajón de sastre de todos los descontentos frente al compromiso histórico de los grandes partidos.

LA MODIFICACION ITALIANA

JUAN ALDEBARAN

ta en las servidumbres del mundo occidental—, pero también que era imposible gobernar sin ellos. Probablemente esta fórmula haya cambiado. Sin dejar de ser el segundo partido del país, el PCI ha perdido un 4 por 100 de los votos respecto a la elección anterior y un 11 por 100 de los escaños. Este partido había sido el iniciador de la crisis. Con una razón sin duda muy considerable había planteado que su consenso o los acuerdos de gobierno con la DC le comprometían en acción que, sin embargo, no podía controlar desde el poder: aceptaba y apoyaba los programas comunes, o los proyectos que se le sometían, pero se le escapaba de sus manos el desarrollo, el cumplimiento. Planteó, por lo tanto, la necesidad de estar en el Gobierno; de lo contrario, pasaría a la oposición. De sobra sabía el PCI que no podía entrar en el Gobierno, porque eso le está vetado a cualquier país occidental, y especialmente a Italia; pero quería que se advirtiera claramente que su exclusión era por razones exteriores y no por decisión del electorado. Lo que estaba decidiendo era un paso hacia la oposición, pero hacia

una oposición fuerte y bien apoyada por el electorado. Se ha dicho que estas elecciones representaban en realidad un referéndum planteado al pueblo italiano: la pregunta sería si deseaban o no que el PCI entrara en el Gobierno. La respuesta electoral se puede considerar como un no, y el paso a la oposición abierta será con menos fuerza electoral. Todo ello hace pensar que la fórmula del eurocomunismo, tal como la ha desarrollado en la política práctica el PCI, no ha funcionado bien.

Los votos que ha perdido no han ido a parar, evidentemente, a la Democracia Cristiana, que no se los ha quitado a nadie —se ha quedado con los suyos—, sino al centro izquierda y, muy especialmente, al Partido Radical. Un partido pequeño, un partido especialmente denunciado por el PCI, pero que presenta algunas opciones interesantes frente al desconcierto moral: una izquierda pensante, intelectual, ética. Alejada de las maniobras. Aparte de las posibilidades que los radicales puedan tener en el futuro, o de su carácter utópico, su ascenso significa una recuperación de viejas tendencias de la izquierda.

Lo que modifica todo ello es que la Democracia Cristiana va a tener menos apuros internos, va a tener menos división entre los partidarios y los enemigos de la colaboración vergonzante con el PCI. Que se puede apoyar más en el centro, y en el inmóvil y flojo Partido Socialista, que viene a convertirse otra vez en el centro decisivo. Efectivamente, con 262 diputados de una cámara de 630, la DC no puede gobernar más que desde la minoría o desde una alianza. La alianza de dentro del Parlamento se la puede dar el Partido Socialista, con sus 62 escaños. El PSI está jugando, en estos momentos, con esa oportunidad, con esa capacidad. Pone condiciones, se permite incluso poner su veto a Andreotti como presidente del Consejo. Quiere programas conjuntos, quiere evitar que se le venga encima, también, la sospecha de que es un partido colaboracionista que se beneficia con cargos y prebendas del acceso al poder, pretende ofrecer algo a sus electores. La amenaza de que puede llegar a una alianza con los comunistas es ficticia, y todo el mundo lo sabe. Incluso los contactos que está celebrando con el PCI están

EL DIA MAS TRISTE DE LA IZQUIERDA

MANUEL CAMPO VIDAL

viciados ya desde el principio, y son una escenografía. Lo que puede asustar a la DC no es el paso de los socialistas hacia el comunismo, ni siquiera la propuesta de los radicales de formar una alianza de la izquierda dejando fuera a los comunistas: es que el PSI pase, también, a la oposición y haga difícil la tarea de gobierno. Cuando apure todas sus posibilidades, el PSI finalmente aceptará la colaboración. Parece lo probable.

La conclusión general de estas elecciones es que pueden significar un paso hacia la derecha, dentro de la línea general conservadora de la Europa Occidental en estos últimos meses. Y un nuevo aislamiento del PCI, que puede ser muy útil desde la oposición, si es que encuentra su doctrina y su campo de actuación. En el último Congreso, previo a las elecciones, no la encontró.

Un Gobierno de la Democracia Cristiana, con una colaboración de los socialistas (la fórmula centro-izquierda que ya se empleó, pero ahora un poco más inclinada hacia la derecha) y un apoyo en los grupos parlamentarios del centro y de la izquierda, una exclusión de los comunistas y una excelente tribuna para los radicales, que saben usar, la muy bien, es la panorámica de la política italiana, que se reflejará cuando pasen estos días de intentos, programas, negociaciones y conversaciones.

Lo que sí parece es que esta modificación política va a tener un reflejo difícil en la vida diaria. Italia necesita una reforma de arriba a abajo: es una sociedad mal construida, edificada como ha podido a partir de las obligaciones de posguerra. Esa reforma no sale, indudablemente, de estas elecciones. No cabe suponer que una ganancia de escaños en el Partido Comunista la hubiera procurado tampoco. La realidad es que las soluciones auténticas no podían salir de estas elecciones, porque no estaban planteadas en ellas. ■

MILAN, lunes 4 de junio de 1979. Las urnas se han cerrado a las 2 de la tarde en todo el país. El público se agolpa, incrédulo, ante los televisores que el Ayuntamiento ha instalado en las galerías que se encuentran junto al Duomo. El PCI está perdiendo dos puntos, y la Democracia Cristiana, uno, apenas comenzado el recuento.

A las 4,30 de la tarde, el diputado democristiano Massimo Carolis recibe telefónicamente una hipótesis final de los re-

to, su presidente es hombre muerto", sentencia con una satisfacción que su dureza no puede ocultar. Es la voz de los democristianos ultraconservadores, que en el interior de la DC reciben el generoso calificativo de "moderados".

A la misma hora, Zaccagnini ya se encuentra en un despacho del romano palacio del Eur, y probablemente respira por no haber alcanzado la mayoría absoluta que miles de democristianos esperaban y ahora lloran sólo consolados por la baja de los

sido batida". Es inútil. Massimo Carolis, Fanfani y Piccoli estarán pensando ya en otro primer ministro sin que Zaccagnini pueda evitarlo. Horas después, cuando Craxi se confirma como fiel de la balanza, pedirá otro primer ministro, condicionando un cierto apoyo socialista a la caída de Andreotti. Las declaraciones del cadáver son inútiles en estos casos.

Anochece. Las calles de Milán y la de cualquier ciudad italiana parecen las de otro día indeterminado. Sólo se oyen algu-



Enrico Berlinguer (PCI) y Giulio Andreotti (DC): ambos bajaron en el favor popular, sobre todo, el primero.

sultados. Corrige los datos del primer momento que tenía sobre la mesa de su escritorio y comenta fríamente: "Es suficiente. Perderé el PCI tres puntos y nosotros seguiremos igual, mientras sube el centro laico. Bastará con obtener la abstención socialista más el apoyo de los tres pequeños del centro (liberales, republicanos y socialdemócratas) y habremos logrado aislar a los comunistas". ¿Quién presidirá ese Gobierno? "Desde luego, Andreotti, no. Presidió el Gabinete de centro derecha en el '72 y el de aproximación a los comunistas en el '78. Ahora ya no vale ese Gobierno y, por tan-

comunistas. El 4 de junio de 1979 no será, afortunadamente, para la izquierda y para Italia, e incluso para la izquierda democristiana, el 18 de abril de 1948, en que fue derrotado ampliamente el Frente Popular.

A las 6 de la tarde, Andreotti, primer ministro dimisionario, guarda todavía silencio. Esperará todavía un poco hasta comprobar que no se van a producir variaciones electorales. Entonces, con aire artificialmente seguro con el que esconder su desesperación, declarará a la televisión: "La línea de la 'solidaridad' no ha sido derrotada. La línea del actual Gobierno no ha

nos claxons de "radicales" de Pannella, que han obtenido la elección de Leonardo Sciascia en la circunscripción Milán-Pavía. En Roma, los radicales ballarán en plaza Navona en honor de sus catorce diputados que suman a los cuatro obtenidos en el '76. Pero, aun así, las calles no son las mismas que las del 13 de mayo de 1974, cuando una manifestación de jóvenes arrancaba en Milán de la Pallazina Libera celebrando la victoria en el referéndum sobre el divorcio; o aquellas calles de Roma del 16 de junio de 1975, cuando por primera vez en su historia el Partido Comunista